

## RESEÑAS



CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Ocho claves de la historia de España contemporánea*. Madrid. Ediciones Encuentro. 2006 (2ª Edición), 255 pp.

Por José Manuel Ventura Rojas

Ajustándose al viejo proverbio, «no están todas las que son pero son todas las que están», la selección de «claves» que componen la presente obra obedece fundamentalmente a dos razones. Una de ellas es la necesidad de no dilatar más de lo debido la extensión de un libro que se pretende mediana-pequeña. La otra, y quizá más importante, estriba en revisar y revalorizar determinados episodios de la España contemporánea cuya trascendencia histórica es inversamente proporcional a la atención de la que deberían haber sido objeto por parte de la investigación en los últimos años. Este último rasgo se aprecia con mayor intensidad en los capítulos que se refieren al siglo XIX. La «década ominosa» es, sin duda, el período que se ajusta en mayor medida a lo dicho. Transcurridos treinta y cinco años desde la publicación del tomo correspondiente al reinado de Fernando VII de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, el caudal —y en algunos casos la calidad— de las obras sobre dicho decenio aparecidas desde entonces es tan exiguo como insuficiente. De ahí la visión algo «chafarrinesca» que, según el autor, pueda ofrecer este primer capítulo. Empero, la excelente exposición y referencias, así como las copiosas sugerencias del mismo disuelven cualquier idea negativa. Es importante advertir que, tanto en ésta como en las restantes secciones que conforman la obra, el aparato crítico ha sido deliberadamente reducido a mínimos, facilitando su lectura. Tan sabia medida se lleva a feliz término sin mermar un ápice el rigor y la acribia en la selección y el manejo de las fuentes y la exposición de contenidos.

Retornando al tema del primer capítulo, uno de los factores que ha entorpecido la labor de los investigadores de la política en la época fernandina ha sido el secretismo y doblez, intriga y clandestinidad de muchos de sus episodios y protagonistas, empezando por el monarca. En el terreno de la pscohistoria, se deja sentir la necesidad de trabajos que nos ayuden a desvelar con mayor detalle el desenvolvimiento de la compleja y esquiva personalidad de Fernando VII. Dichos ingredientes enriquecerían la comprensión de su figura: su rechazo al valimiento —por sus aciagos recuerdos de Godoy— o su habilidad a la hora de soslayar las influencias de las potencias extranjeras a comienzos de la «década ominosa» —los deseos de

moderación del absolutismo por parte de Francia e Inglaterra—. La más próxima a la sensibilidad de Fernando VII quedaba lejos, en Rusia, mermada además por el repliegue de Alejandro I hacia los problemas internos y su temprana muerte. Por otro lado, permítasenos mencionar de pasada la singular debilidad fernandina por colocar al frente de sus gobiernos a diplomáticos —excepción hecha del duque del Infantado—. Pero el tema principal del capítulo gira en torno a la idea de que, a pesar de que la «década ominosa» fue una de las épocas más agitadas y críticas, la transición hacia el aperturismo, logrado a la muerte del monarca, fue bien planificada y trazada por figuras muy en sintonía con el pensamiento liberal europeo, y que se hallaban insertas en el tejido administrativo fernandino. Dicho proceso y la pugna entre aquellos y los inmovilistas o «calomardinos» presenta no pocas similitudes con la situación del tardofranquismo.

A renglón seguido, el segundo capítulo aborda el período de 1836-39, crucial en la génesis de los partidos políticos españoles y la idea de progreso. Como en la década anterior, el impulso del «espíritu del siglo» u «opinión de Europa» se hallaban muy presentes en suelo hispano. El bipartidismo constituía un concepto vitalizador del sistema parlamentario que se pretendía crear. Los orígenes de las formaciones «progresista» y «moderada» están bastante difuminados. Algo más claro queda su papel en la consolidación del sistema liberal, mostrando sus élites una gran cultura y una sorprendente adulez parlamentaria. Con todo, las pasiones se impusieron no pocas veces a la serenidad y reflexión. Los virajes tendenciosamente extremistas y la ausencia de una base social consolidada del sistema impulsaron el abandono en su momento tanto del Estatuto Real como de la Constitución de 1837. Para bien y para mal, «hábitos y costumbres, mentalidades y comportamientos, segregados y adquiridos por moderados y progresistas en el lustro o cuatrienio final de la década de los treinta, fueron en puridad decisivos para toda la vida española del futuro» (p. 69).

Si el decenio de las regencias fue de consolidación militar del sistema —frente al carlismo— y la década moderada de afianzamiento institucional y social, el lustro unionista fue un período de «entrañamiento e identificación definitiva de la mayoría del país con el Nuevo Régimen» (p. 80). El autor rescata, por su perspicacia, el paralelismo que Ramos Oliveira y otros tratadistas establecieron entre el régimen de la Unión Liberal y la Restauración Alfonsina, considerando el primero una suerte de «ensayo» de la segunda, pero sin olvidar las diferencias entre ambos. Entre otros asuntos, se revisa uno de los episodios más destacados de la Unión Liberal como fue su política exterior, resaltándose las diferencias de criterios hispanos respecto a los franceses —mostradas especialmente a raíz de los fracasos de las expediciones conjuntas—, así como rectificando la errónea idea del intervencionismo exterior como recurso galvanizador de un espíritu nacional y de partido que se hallara dividido en aquellos momentos. La zozobra de la formación o'donellista acaeció precisamente por su falta de previsión a la hora de

percibir la trayectoria de las restantes fuerzas políticas de la nación, creyendo que se bastaba a sí misma. Adoleció del principal defecto que presentan en no pocas ocasiones las agrupaciones con un cariz «centrista» y reformista.

Hasta fines de la centuria decimonónica, la presencia del nacionalismo español y de los regionalismos periféricos supuso un fenómeno de baja intensidad —los segundos no pasaban de aires románticos que enriquecían la pluralidad del mosaico hispano—. Buena parte de los hitos de su andadura inicial habían correspondido al impacto de los hechos de armas de mayor trascendencia de la centuria: la guerra de la Independencia, generadora de un sentimiento patriótico, más que una doctrina nacionalista propiamente dicha; la de África (1859-60), ocasión para la plasmación del deseo expansionista hispano, así como fecha clave del origen del periodismo de guerra contemporáneo y la movilización de masas —el equivalente hispano del conflicto de Crimea—; y los acontecimientos en torno a 1898, gozne secular que incidió decisivamente en el ascenso a un primer plano de los regionalismos periféricos, que poco a poco afirmaban sus postulados nacionalistas. Lo enriquecedoras que resultan estas «notas sobre el nacionalismo español (ca. 1840-1936)», cuarto capítulo de libro, hacen difícil un resumen pormenorizado. Baste, por el momento, con añadir a lo ya dicho el papel del ejército en el fenómeno a comienzos del siglo XX, distanciado del Partido Liberal a raíz del desastre del 98, y que invirtió la jerarquía de su tradicional binomio alzaprimitando la idea de patria sobre la de religión —no olvidemos el predicamento de anticlericalismo y la masonería en el ámbito castrense, especialmente en los «africanistas».

La consabida cantinela retorna al abordar la sección sobre la época primorriverista, que aguarda la próxima puesta a punto de escasos y aislados pero importantes estudios, en ámbitos como los provinciales o comarcales. La modernización y el crecimiento del país caracterizaron a una dictadura proclive al alejamiento de las bases productivas y sociales de los sistemas de corte tradicional. El despegue y renovación también se manifestó en la generación y tráfico de ideas de viejas y nuevas figuras y organismos culturales —fenómenos como el del «intento de genocidio cultural» catalán quedan matizados—. La sintonía con la nueva realidad europea tras la Gran Guerra se manifestó en aspectos como la política exterior, de pensamientos, medios y objetivos más claros y definidos de lo que comúnmente suele aceptarse. Por el contrario, ninguno de los intelectuales del *establishment* elaboró una bien trabada teoría contrarrevolucionaria, limitándose a glosas aisladas en su pensamiento. El cariz similar al regalismo dieciochesco de las relaciones Iglesia-Estado y las analogías con el laborismo británico al definir las relaciones con el socialismo son otras cuestiones abordadas. Las acciones del régimen predominaron sobre las ideas, acarreado con ello consecuencias tanto positivas como negativas —el callejón sin salida al que se vio abocado finalmente.

La brevedad de comentarios que dedicaremos aquí a los dos capítulos siguientes no equivale a una posible falta de riqueza de sus contenidos, sino muy al con-

trario. Su imagen controvertida no obedece a la escasez de fuentes o investigaciones como en los casos anteriores, sino a los enfoques e interpretaciones. La Segunda República, aquel «ensayo general de convivencia tragado por el sumidero de la frustración» ha sido objeto hasta hoy de un cúmulo de deformaciones que van de la gama del negro al rosa, motivadas por el predominio de los maniqueísmos fáciles y el intrusismo de autores carentes de un mínimo de objetividad. Por su parte, el mayor atractivo que posee el apartado dedicado al primer franquismo es la variedad de aspectos de la época que revisita y sitúa en su justo lugar, empezando por la cultura y continuando por la institucionalización del régimen, el estamento militar, la diplomacia, la Iglesia o la vitalidad de una sociedad que trataba de sobreponerse a las dificultades de posguerra. Obligados a no demorarnos en nuestra revisión, remitimos al lector a sus sabrosas páginas en busca de más detalles.

El rezago en la ascensión a los resortes de poder con respecto a sus homólogos europeos ha sido una característica fundamental del socialismo español. No obstante, su primer gabinete monocolor, llegado al poder poco después que su vecino gallo, se mantuvo gobernando durante un período inusualmente dilatado, y propició una decisiva transformación del país y la consolidación de la democracia. El liderazgo de Felipe González tuvo un gran peso en dicha longevidad, así como en aspectos como la diplomacia internacional —anudando múltiples lazos con los principales líderes internacionales—. Paradójicamente, uno de los más desalentadores del período ha sido el de la cultura y la enseñanza, lamentablemente instrumentalizada y malversada en múltiples ocasiones. A pesar de la escasez bibliográfica existente sobre un período abandonado a la politología y el periodismo, el resultado de este último capítulo es más satisfactorio y meritorio de lo que el autor admite en sus páginas.

Los sugestivos planteamientos que se recogen en esta obra pretenden, en suma, iluminar el horizonte de la labor de los investigadores —especialmente los más jóvenes— que hoy roturan las parcelas más descuidadas de la contemporaneidad hispánica. Asimismo, se pone al alcance del gran público un libro asequible y a la vez extraordinariamente útil en la formación de una verdadera conciencia de nuestro pasado. Para finalizar, recalcaremos que el presente volumen se ve inspirado y guiado por las señas de identidad que vienen caracterizando la trayectoria profesional del autor: ecuanimidad, acribia, equilibrio de contenidos e independencia respecto a entes mediáticos, modas pasajeras y criterios de pensamiento al uso; ingredientes que confieren al libro de un enorme valor y una perdurabilidad de «obra maestra», categoría a la que puede inscribirse indudablemente y por derecho propio.

VV.AA. *El lugar de la Mancha es...El Quijote como un sistema de distancias/tiempos*. Madrid. Editorial Complutense, S.A. 2005, 302 pp.

Por Julio Escribano Hernández

Un grupo de investigación de nueve profesores universitarios, cuatro catedráticos y cinco titulares, ha aplicado por vez primera una metodología de gran rigor científico, para ubicar “el lugar de la Mancha” en función de los datos que aparecen en el Quijote. Si Cervantes no quiso acordarse del pueblo de los protagonistas de su novela, Alonso Quijano y Sancho Panza, no indica que lo olvidara mientras redactaba sus capítulos. Antes bien, expresaba con realismo aquellas distancias, que lo separaban de Sierra Morena, de Puerto Lápice o de El Toboso, tantas veces recorridas por él, y lo mantenía oculto para el indiferente lector.

Algunos autores preocupados por el estilo literario, como José Martínez Ruiz (Azorín), no se han molestado en profundizar sobre esta cuestión. Se han fijado únicamente en ciertos datos que les permitiera poner nombre al lugar y han afirmado que la pequeña patria de don Quijote y Sancho era Argamasilla de Alba. Otros, como Astrana Marín, dando gran relieve al matrimonio de Miguel de Cervantes con Catalina Palacios y atendiendo a los apellidos que aparecen en la obra, han creído que es Esquivias el famoso lugar de la Mancha. Y muchos otros, decepcionados por la debilidad de los argumentos que se aportan, han optado por otros lugares, incluso fuera de la Mancha jugando filológica y geográficamente con este término hasta mundializarlo.

Aunque sería suficiente una detenida y exhaustiva lectura del Quijote para mostrar el problema planteado, el grupo investigador ha querido enriquecer el rigor de su estudio con la consulta de otras obras que aportan nuevos datos al mismo: *Relaciones Topográficas de Felipe II*, *Repertorio de Caminos de Villuga y Meneses*, *Itinerario de las carreras de Posta del Conde de Campomanes*, *El censo de la población de 1591*, *Estadísticas de la Iglesia*, *El catastro del Marqués de la Ensenada de 1752*, *Diccionario de Madoz*, *Los mapas de carreteras publicados por CAMPSA*, *Modernos mapas provinciales y locales del Instituto Geográfico Nacional*, *Planos urbanos de la época* y otros numerosos estudios sobre rutas, distancias y tiempos en los caminos del siglo XVI.

En varios textos es evidente que se inicia la acción en el Campo de Montiel, entre Ciudad Real y Albacete, donde todos reconocen, en palabras del prólogo, que don Quijote “fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos”: “*Y comenzó a caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel y era verdad que por él caminaba*” (Cap. I) “*Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que él había tomado en su primer viaje, que fue por el Campo de Montiel*” (Cap. VII)... Par-

tiendo de esta premisa, combinan los datos de Sierra Morena, paraje de Venta de Cárdenas, donde el cura dijo: “Si es así por la mitad de mi pueblo hemos de pasar y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena”, con otros detalles que aporta la genial novela sobre el oculto lugar de la Mancha, que está a dos días de Puerto Lápice, a dos días de Sierra Morena, a dos días y una noche de El Toboso y a un día y una noche del punto donde se separa de don Alvaro Tarfe. Con estos datos y otros analizados en la obra, deducen los autores que la determinación del lugar se reduce a un cálculo topológico, pues, “sin modificar una coma del texto..., el “lugar de la Mancha en el *Quijote* queda predeterminado con claridad suficiente por el propio Cervantes”.

Los creadores de esta obra, ilustrada con 55 cuadros o tablas, selecta bibliografía y 30 gráficos, logran despertar la curiosidad en el “discreto” lector, para descubrir la verdad literaria en el Quijote, y le hacen pensar con números en el misterioso lugar e incluso en las hipotéticas rutas de las tres salidas del caballero andante midiendo tiempo y espacio, pues no en vano dos de los investigadores son profesores en la Facultad de Matemáticas. Utilizan para su análisis veinticuatro variables, de las cuales dieciocho están sacadas del texto de la inmortal novela, y once hipótesis de trabajo para examinar los veintiséis pueblos que participan de algunas de estas variables dicotómicas y cuantitativas. Aplican su método científico y quedan sorprendidos con el indiscutible resultado: Villanueva de los Infantes es el indescifrable lugar de la Mancha. En 1591 contaba aproximadamente con 1.500 vecinos y era el pueblo más habitado del Campo de Montiel.

Aunque se trata de una obra de investigación, es de amena lectura. Refiriéndose a Villanueva de los Infantes y a Barcelona, alfa y omega de don Quijote, hace este comentario: “*El mito las unió tanto como la realidad, y en el futuro quedarán para siempre unidas por un gigantesco y universal personaje que nace con un pie en los áridos Campos de Montiel y muere como caballero andante al poner el otro pie en las húmedas playas de la mar barcelonesa. Nacimiento y muerte físicamente indistinguibles, porque don Quijote sigue hoy sobre Rocinante desde Villanueva de los Infantes a Barcelona, y de Barcelona a Villanueva de los Infantes, si bien guerrero andante en su ida y bucólico pastor en su regreso. Villanueva de los Infantes le envía un Quijote entre beatífico y etéreo, mientras que Barcelona se lo devuelve humanizado. Es el papel que les corresponde asumir a ambas ciudades en la obra literaria quizás más universal y celebrada de todos los tiempos*”.

Este grupo de investigación integrado por los profesores Francisco Parra Luna, Manuel Fernández Nieto, Santiago Petschen Verdaguer, Gonzalo Bravo Castañeda, José Antonio Garmendia Martínez, José Pedro Garrido Roig, Javier Montero de Juan, María Jesús Ríos Insua y Juan Maestre Alfonso con un acertado análisis nos ubica el secreto lugar de la Mancha en Villanueva de los Infantes, al menos con un grado de seguridad y fiabilidad no logrado hasta ahora.



SIERRA MARTÍNEZ, Fermín (ed.). *Literatura y transgresión. En homenaje al profesor Manuel Ferrer Chivite*. Ámsterdam-Nueva York. Rodopi. 2004, 325 pp.

Por Javier Cuesta Guadaño

Dicen los que le conocieron que el profesor Manuel Ferrer Chivite fue una persona excepcional: un hombre original en sus actitudes, dotado de un ejemplar sentido del humor como norma de vida, y un hombre sabio, sin pedanterías ni ademanes de notable. *Literatura y transgresión. En homenaje al profesor Manuel Ferrer Chivite* —que ahora ve la luz en la revista “Diálogos Hispánicos” de la Universidad de Ámsterdam— quiere sumarse al reconocimiento de este personaje singular, novedoso en sus aportaciones y lecturas sobre las más importantes creaciones de la literatura española. Dedicado al estudio de las letras hispanoamericanas —uno de sus libros fundamentales es el ensayo *Borges y la nada*—, destacan también sus artículos sobre la novela picaresca —especialmente su edición crítica de *La Segvnda Parte de Lazarillo de Tormes: y de sus fortunas y adversidades (1555)*—, junto a otros ensayos sobre aspectos del Siglo de Oro muchas veces relacionados con la marginalidad. De ahí que los trabajos que se reúnen en este libro compartan el mismo espíritu heterodoxo de Ferrer Chivite —cuestionador del canon literario y transgresor con ciertos planteamientos comúnmente aceptados por la crítica más academicista y engolada—, además de conjugar nuevas interpretaciones y descubrimientos de los que la investigación no se ha ocupado hasta la fecha.

Una pequeña semblanza biobibliográfica de este crítico *sui generis*, que incluye una completa y actualizada relación de publicaciones, abre las páginas de un homenaje en el que han participado casi una veintena de grandes especialistas de la literatura hispánica, nacionales e internacionales. La emotiva carta manuscrita de José Luis Alonso Hernández —profesor de la Universidad de Groninga y uno de los mejores amigos de Ferrer Chivite—, evocadora de otros tiempos felices, e impregnada de cierto lirismo no exento de melancolía, continúa con un curioso artículo en el que el profesor Javier Huerta Calvo —que rememora momentos de amistad y no pocas risas con el homenajeado— reflexiona sobre los más grandes filólogos que ha dado la profesión, entre los que Ferrer Chivite ocupa un lugar privilegiado, quizá no tanto por el volumen de su trabajo —impecable y exhaustivo, por otra parte— como por una desenfadada, desdramatizada y “extravagante” dedicación al ejercicio de traer y llevar palabras.

Por lo demás, este volumen contiene trabajos que abordan temas aparentemente muy distantes, pero en los que se advierte una peculiar forma de análisis y un marcado interés hacia una variedad de asuntos poco considerados por el hispanismo tradicional. Desde la Edad Media —Julián Acebrón Ruiz analiza una versión catalana del *Fiore di virtù*— hasta el modernismo —un movimiento muy poco moderno, en opinión de Leopoldo Porrás Granero—, la “nivola” unamonia-

na —“género espiritual y desalmado”, amén de “improbable”, para José Manuel Martín Morán— y la literatura hispanoamericana —Jacques Joset estudia texto e imagen en Rulfo, Francisco. J. Lobera Serrano un *Ars poetica* de Octavio Paz, y Jeremy S. Squires se ocupa del cuento “Funes el memorioso” de Borges —, todas las épocas florecientes de nuestra literatura son objeto de comentario, digresión y heterodoxo intento de revisión de lo canónico.

*La Celestina* y *El Quijote* centran algunos de los artículos más interesantes del libro. Anita Fabián vuelve a tratar el famoso tema del espacio en el que se sitúa la obra de Fernando de Rojas, esta vez para indicar qué funciones diegéticas puede cumplir en su desarrollo argumental, y Joseph T. Snow —uno de los más célebres especialistas en la historia de la “puta vieja”— recorre la Europa de la primera mitad del siglo XVI siguiendo las huellas de otras Celestinas. Por su parte, Ángel Alcalá plantea una lectura post-romántica de Don Quijote, en la que el caballero juega “teatralmente” a creerse y hacer creer a los demás la verdad de una supuesta locura, y Mercedes Alcalá Galán interpreta la obra de Cervantes a la luz de algunos aspectos de la Retórica antigua aplicados al discurso novelístico.

A este conjunto heterogéneo de aproximaciones se añaden también referencias concretas a inéditos y autores casi desconocidos, como la *Jácara y baile entremesado de “Sancho el del Campillo”*, recuperado por Elena di Pinto, o la comedia *Amantes y celosos, todos son locos* —¿Lope de Vega?—, de cuyas peripecias ecdóticas nos habla Fermín Sierra Martínez. La obra se completa con un repertorio de traductores del siglo XV —recopilado por Carlos Alvar y José M. Lucía—, un acercamiento de Steven Hutchison a la “erótica” de Fray Melchor de la Serna, o un estudio de Ysla Campbell sobre las relaciones de la picaresca y la Reforma protestante.

*Literatura y transgresión* es sin duda el mejor homenaje que la Universidad de Ámsterdam podía dedicarle al siempre subversivo Manuel Ferrer Chivite, tanto por la calidad y variedad de los trabajos que aquí se presentan, como por la forma de ofrecer nuevos enfoques y perspectivas de la literatura hispánica.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Cervantes visto por un historiador*. Madrid. Espasa Forum. 2005, 569 pp.

Por Ignacio Bajona Oliveras.

Entre las numerosas publicaciones, en particular las diversas ediciones que la conmemoración de IV centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* ha dado lugar, merece destacarse la biografía cervantina que el profesor emé-

rito de la Universidad de Salamanca y miembro de la Real Academia de la Historia, Manuel Fernández Álvarez, ha publicado con el arriba citado título.

Como es harto conocido, la bibliografía biográfica sobre Cervantes es amplísima, tanto en estudios documentales, intepretativos o biografías propiamente dichas, como han sido muchos e importantes los cervantistas de probado prestigio que se han ido sucediendo a partir del siglo XVIII, desde Gregorio Mayáns y Sisar, el primer biógrafo de Cervantes, quien en 1737 publicaba su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (de la cual existe una edición moderna de A. Mestre, Madrid, 1978), hasta hoy con profesores como Martín de Riquer o Francisco Rico, entre otros, e incluyendo entre los muchos hispanistas, el francés Jean Canavaggio, sin olvidar importantes predecesores como Pellicer, Clemencín, Navarrete, Asencio, Pérez Pastor y, en particular, Astrana Marín, con su voluminosa *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra* (1948-1958)

Por tanto, —y son palabras del propio Fernández Álvarez con las que inicia el prólogo de su libro— “Escribir sobre Cervantes, narrar la vida del gran escritor: he aquí un reto. Un reto y al tiempo un afán, un vivo deseo. Y también hasta una obligación, si el que tal intenta es un historiador español dedicado toda su vida a la historia de los Austrias Mayores. Pues hay que recordar que la vida de Miguel de Cervantes transcurre, en gran medida, bajo el reinado de Felipe II...” Y con contenida modestia el autor nos cita a continuación sus numerosas aportaciones como historiador del siglo XVI, a través de obras como *Felipe II y su tiempo*, sus cuatro volúmenes integrantes de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, o *La sociedad española del Siglo de Oro*, “con cerca de cuarenta páginas sobre Cervantes”, amén de otros trabajos sobre diversos aspectos de la misma época.

En cuanto al presente libro, a Fernández Álvarez le ha parecido conveniente dividir su biografía cervantina en dos grandes partes, tituladas, respectivamente, “El soldado: el manco de Lepanto” y “El escritor: el Príncipe de las Letras”, a su vez divididas en numerosos apartados. Nada que decir sobre tal parcelación, si desde un principio se tiene en cuenta la repetida interconexión entre ambas partes, y que si en la primera la figura de Cervantes se centra principalmente como soldado, en particular en Lepanto primero, y luego como cautivo en Argel; en ambas partes de su obra el biógrafo contextualiza constantemente la azarosa vida de Cervantes, sus vicisitudes, sus ilusiones y sus desdichas con los sucesivos acontecimientos históricos que le cupieron vivir, como también las circunstancias propias de su entorno familiar, que le acompañaron a lo largo de su vivir. Y como todas estas vivencias pasan, de una forma u otra, a sus obras literarias.

Así, en la primera parte de su biografía cervantina, podemos hallar, entre otros muchos ejemplos, la figura de su padre cirujano-barbero de alguna manera proyectada en la de maese Nicolás, barbero, del *Quijote*; el fragor de la batalla de Lepanto, en los emotivos versos que hallamos en su *Epístola a Mateo Vázquez*, dedicada al secretario de Felipe II; o las penalidades y sufrimientos como cauti-

vo, en sus primeras obras dramáticas, como *Los tratos de Argel*, o en su primera novela *La Galatea*, y no digamos el extenso episodio de la historia del cautivo en la primera parte del *Quijote*.

Tantas o muchas más referencias autobiográficas cervantinas saca a colación Fernández Álvarez en la segunda parte de su libro, donde de nuevo acredita ser un gran conocedor de toda la producción literaria de su biografiado, interrelacionando de continuo vida y obra cervantina. Así, por ejemplo, la misión de Cervantes como recaudador de contribuciones, tras haber ejercido antes la de comisario de abastos para la Armada Invencible; su fallido deseo de trasladarse a las Indias, su prisión en Sevilla, imputable a un error realizado en el control de recaudaciones de la Hacienda Real; sus problemas y disgustos familiares una vez instalado en Valladolid, siguiendo a la Corte, etc. Todo ello reflejado y aún mucho más, en los diversos pasajes de sus obras, desde el *Quijote*, iniciado, al parecer, como narración corta, como un *cuento*, durante su reclusión en la cárcel sevillana, hasta su novela póstuma, el *Persiles*, sin dejar de lado las *Novelas Ejemplares* y sus *Comedias y entremeses*. Y todo ello enmarcado en el contexto histórico en el que se va sucediendo la vida de Cervantes, quien se sentirá siempre merecido acreedor de los servicios prestados a su rey Felipe II, quien jamás reconoció tales servicios a la corona como heroico y sufrido soldado en Lepanto, ni tampoco por las funciones que le fueron luego encomendadas.

Mas a pesar de lo esbozado hasta aquí, cabe reiterar el que —como el mismo autor nos indica apenas iniciado su prólogo— en todo momento se destaca el historiador, y tanto es así que, lo mismo en la primera parte de su libro, como en la segunda, son muchos los apartados que, sin desvincularse del relato biográfico, están dedicados a ilustrar al lector sobre muchos momentos y aspectos históricos y sociales en los que se vió inmerso Cervantes. Sirvan de muestra apartados como “La oportunidad española tras Lepanto”, el “Argel que conoció Cervantes” o “España hacia 1580”, en la primera parte del libro, y en la segunda, “Madrid y España al filo de 1583” al cabo de dos años de la incorporación de Portugal a la corona española; las páginas que el historiador dedica entorno a la Armada Invencible, su eco en Castilla y su gran revés; o los apartados titulados “El final de una época: la muerte de Felipe II” o “La transformación de la monarquía: el régimen de validos”, etc.

Tras las dos partes en que se estructura la biografía, el autor añade un Epílogo, una Cronología, dos Apéndices y un siempre agradecido Índice alfabético.

El tal epílogo titulado “Los sueños de Cervantes” viene a resultar una especie de corolario, en el que el autor resume los sucesivos sueños cervantinos que se van desvaneciendo a lo largo de su vida: Su primer sueño: el de triunfar en la Corte como poeta, sueño que resultó ser más una inclinación a la poesía, que no una feliz disposición hacia ella (“...la gracia que no quiso darme el cielo...”); un segundo sueño, tampoco alcanzado, el de ser un glorioso soldado a quien jamás se le recompensó debidamente por su heroicidad y su patriotismo; el sueño de

convertirse en dramaturgo reconocido y aplaudido, que pronto le fue arrebatado por la irrupción del “monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega”. También fue un sueño desvanecido –según su biógrafo— el de verse convertido en padre de familia respetable y respetado, a pesar de su boda con doña Catalina de Salazar, y de haber reconocido, al fin, a su hija natural Isabel. Y aún añade el autor de la biografía, el sueño frustrado de sentirse suficientemente reconocido como celebrado autor, a pesar del inmediato éxito alcanzado por su *Quijote*.

De los dos apéndices que siguen a continuación, el primero es un “Bosquejo bibliográfico para uso de historiadores”, donde el autor hace gala de su amplia erudición, como corresponde a su larga y fructífera dedicación a la historia de los siglos XVI y XVII, y a la vida y obra de Cervantes. En el segundo epílogo, titulado “Esquivias” el autor recoge, en cambio y de forma breve, unas vivencias personales a propósito de una visita realizada, con dos amigos suyos, al pueblo y a la casa natal de la mujer de Cervantes, donde el escritor vivió en diversos momentos de su ajetreada vida.

Acaba el libro que nos ocupa con un completo Índice onomástico, que siempre agradece el lector atento. Pero no podemos concluir esta reseña sin antes referirnos al personal estilo que el autor ha empleado en su biografía cervantina, y es que a pesar de la constante erudición que acompaña a su relato y las reiteradas notas que siguen a pie de página (en las que sobresalen las referidas a Astrana Marín por su amplísima documentación), Fernández Álvarez, lejos de ofrecernos una lectura farragosa de su libro, obsequia al lector con una prosa atractiva y amable, casi como si buscarse en ocasiones la complicidad del lector en sus frecuentes interpelaciones ante determinados puntos de su exposición. Diríase, incluso, que el autor se ha complacido en su escritura. Una biografía, en fin, que no es propia para una lectura rápida, nerviosa o transversal, sino para ser gustada detenidamente hasta el final, teniendo siempre presente el lector que —como reconoce el autor en el prólogo— su obra no deja de ser una “personal aproximación a Cervantes, a su época, al hombre y a la obra”.

SANTIAGO CASTELO, José Miguel. *La huella del aire (Poesía 1976-2001)*. Edición e introducción de Manuel Simón Viola. Mérida (Badajoz). Editora Regional de Extremadura. 2004, 383 pp.

Por Julio Escribano Hernández

Al leer esta selección de la obra de Santiago Castelo, editada por Manuel Simón Viola con una erudita introducción, he recordado a este gran periodista poeta que escribe a “golpe de corazón” sobre Extremadura, sobre el amor, la poesía y la

soledad, llevando en la alforja de su alma trozos de tierra enamorada. Y es que José Miguel Santiago Castelo, nacido en el pueblo pacense de Granja de Torrehermosa el 11 de septiembre de 1948, vivió en su tierra extremeña hasta que se trasladó a Madrid en 1964; sin embargo, su honda y extensa producción literaria nunca le ha separado del paisaje íntimo de su infancia: “*He escrito tanto en tanta madrugada / que no sé distinguir ya las querencias de los sueños azules...*”

Con acierto se ha titulado esta antología *La huella del aire (Poesía 1976-2001)*, porque en ella se han recogido los mejores poemas de las obras publicadas por este vate, que enlaza la voz del pueblo con el poema culto con tanta facilidad y aun felicidad que nos hace evocar el aire que embelesa y da vida a todos los vivientes. En ella está presente *Tierra en la carne* (1976), *Memorial de ausencias* (1979), *Monólogo de Lisboa* (1980), *La sierra desvelada* (1980), *Cruz de Guía* (1984), *Cuaderno de verano* (1985), *Siurell* (1988), *Al aire de su vuelo* (1993), *Diario de a bordo* (1994), *Habaneras* (1997), *Hojas cubanas* (1998), *Cuerpo cierto* (2001). Los cinco primeros poemarios tienen la mayor carga de añoranza y cultura extremeña. El metafísico aire de la vida se extiende en cada uno de sus versos como neuma sagrado, para no olvidar las esencias de una tierra mítica y unos mares sembrados de misterio que hieren el alma del poeta: “*Hay que beber, viviendo esta amargura / hasta que el aire se convierta en huella*”.

Es entonces cuando mezcla el pasado con el presente de la propia experiencia en una historia abierta al futuro, en la que recuerda a un conquistador de América del que sólo se sabe que nació en La Granja y se apellidó Ribera: “*Por ti, Ribera oculto, tan sin nombre, / anónimo como uno de nosotros, los que vivimos fuera, / y se nos parte el alma a cada paso / relatando las cosas extremeñas; / por ti, amigo Ribera del olvido, / yo presumo que habrá leyendas dulces / con sangre guaraní o azteca o borinqueña, / que son las mismas que escuchamos de pequeños; / porque por ti, la tierra, / la amarga y dura tierra / tuvo prolongaciones de infinito*”.

Los tiernos recuerdos de la niñez los vierte en la vieja casa del suelo empedrado con desgastados guijarros de río, símbolo de sueños hilvanados que pule el tiempo. Recuerda las vigas de madera, las altas camas con barandal de hierro, la cómoda, las figuritas de china, los viejos retratos, los vasares, las orzas, las cantareras, los baúles... “*La vieja casa aquella. Mi pecho amigo al aire, / de tanto juego al viento / junto al olivo tierno, / el que plantó mi padre, lo mismo que la parra, / el año que nació, allá en los corralones. / Las malvas, los geranios, las piteras / y las amplias tinajas de agua clara / que llenaba la tita al sol de julio / apartando los cóncaves de avispas. / El agua soleada en las paneras, / el baño de los niños tan desnudos... / Y aquel gallo valiente que miraba / mientras yo le envidiaba el no ser gallo... Los ojos infantiles aprendiéndolo todo, / sabiendo de escaseces y de antiguas historias. / La casa aquella nuestra partida por la guerra / brotaba en ilusiones recordando otros años / cuando el abuelo era... / Y aquel niño escuchaba / leyendas amorosas sobre personas muertas / y escenas de la guerra que le asustaban siempre.*”

Santiago Castelo, poeta que conmueve con sus buenos versos y transforma en elegía la añoranza de la tierra extremeña, se retrata muchas veces en su obra íntima y sentida, como los grandes pintores en la humildad del cuadro: *“Busqué siempre palabras / como un coleccionista de sueños y de besos / que andase por el mundo seguro de su muerte / y he querido que el aire me llenara de auroras / para cuando no tenga la luz de la alegría... // Tristezas he bebido y he colmado amarguras / pero prefiero siempre que las compense el alma: / conocí los exilios y he creado una tierra / a golpe de esperanzas y nostalgias floridas”*. José Miguel, que esconde su nombre, ama lo sencillo, pero la sociedad le reconoce en lo sublime: director de la Real Academia de Extremadura, subdirector de ABC desde 1988, maestro de coloquios y lecturas poéticas, premio nacional “Nicolás González Ruiz” (1972), “Fastenrath” de la Real Academia Española (1982), “Premio Nacional de Periodismo Julio Camba” (1993), “Premio Nacional de Periodismo Martín Descalzo” y otros menos conocidos, emisario de nuestra cultura en Bulgaria con Camilo José Cela, Rafael Alberti, Angel María de Lera y Jaume Fuster en el I Congreso Internacional de Escritores (1979), extremeño insigne que da su nombre a la calle y al liceo, miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, hijo adoptivo de Fontiveros, donde desgranó un soneto de sonetos sobre San Juan de la Cruz, y, sobre todo, poeta y periodista internacional.

Esta antología cuenta con ciento dieciocho páginas redactadas por el profesor Manuel Simón Viola, quien analiza cada uno de los doce poemarios que la integran con la precisión del especialista y el buen gusto del lector acostumbrado a muchos pies de imprenta y copiosos manuscritos. La obra de Santiago Castelo evoca, entre muchas personas y escritores amigos, a su padrino Augusto Castelo, “cabeza venerable de viejo tronco altivo”, que esperaba cada uno de sus libros con más ilusión que nadie; y éste, como los escritos en dos décadas, tendrá que leerlo en medio de las estrellas sin enviar respuesta con membrete de nubes, pero hablándole a Dios de su ahijado bueno que escribe muchas cosas señalando sus cielos rojiblancos y azules.

HUERTA CALVO, Javier; Miró González, Emilio; y Peral Vega, Emilio (eds.). *Perfil de Cernuda*. Madrid. Verbum. 2005, 156 pp.

Por Javier Cuesta Guadaño

El centenario del nacimiento de Luis Cernuda (1902-1963), uno de los poetas más aclamados de la llamada “Generación del 27”, ha hecho correr tantos ríos de tinta que cualquier trabajo pretendidamente novedoso parecería ya una mera exé-

genesis de cuanto se ha dicho y repetido sobre su producción literaria y crítica. Los detalles más extravagantes de su personalidad y los ya conocidos aspectos de su carácter —muchas veces alentados por su “malditismo”— han sido en ocasiones las ramas que no han dejado ver el bosque de una obra preferente en la literatura española contemporánea. Pero el reconocimiento que le ha tributado la crítica reciente —tan lejos del interés que Cernuda imaginó para sí mismo en el futuro— no hace sino confirmar la importancia de un poeta poco menos que sacralizado en muchas ocasiones, y sobre el que se ha impuesto la dificultad de aportar nuevas perspectivas y orientaciones críticas.

Entre las celebraciones oportunas (y oportunistas) que las más variopintas instituciones dedicaron a su figura, el seminario “Cernuda en la Complutense” que la Facultad de Filología de la universidad madrileña celebró para conmemorar la efeméride en noviembre de 2002 es uno de los homenajes más interesantes de cuantos se tributaron al autor de *La realidad y el deseo*. El resultado de aquellas jornadas, en las que participaron profesores de diversas especialidades del ámbito filológico complutense, ha sido la reciente publicación en la editorial Verbum de *Perfil de Cernuda*, un librito que contiene la mayor parte de estos trabajos, ciertamente novedosos y originales, pues dibujan “perfiles” que la crítica cernudiana no había esbozado hasta la fecha.

La presencia de profesores de literatura francesa, inglesa, eslava y alemana, junto a otros colegas dedicados al estudio de la literatura española e hispanoamericana, ofrece una heterogénea variedad de aportaciones que contribuyen a señalar esa “lección de comparatismo en vivo” —en palabras de Javier del Prado— que caracteriza buena parte de la obra cernudiana. A este capítulo de influencias o ecos más o menos explícitos de otros autores corresponden varios ensayos sobre la relación de Cernuda con el romanticismo alemán, la literatura inglesa o la poesía francesa. Arno Gimber comenta el poema “Luis de Baviera escucha `Lohengrin””, de *Desolación de la quimera*, y apunta algunos aspectos del texto que inevitablemente remiten al romanticismo alemán de estirpe hölderliniana (la música, la vida y el arte, la naturaleza...). En este contexto triunfa la imagen de un Cernuda romántico, artista fracasado ante un mundo de hostilidades. Por su parte, Dámaso López pone de manifiesto la importancia que las letras inglesas tienen en la obra del poeta, especialmente a partir de su exilio a Inglaterra en 1938. Además de leer y estudiar a los grandes poetas ingleses (ahí está su *Pensamiento poético en la lírica inglesa. Siglo XIX*), Cernuda sabe acoger la influencia de uno de los más grandes escritores ingleses contemporáneos: T. S. Eliot; un influjo más perceptible en su crítica literaria que en su poesía, donde la recepción del poeta angloamericano se reduce al poema “Desolación de la quimera” —heredero de otro de los *Four Quartets* que da título al último libro cernudiano—, o a “La adoración de los Magos” —un poema de *Las nubes* en el que Cernuda trasciende y supera, de alguna forma, el modelo eliotiano—. Otra de las tradiciones litera-



rias que han dejado su huella en la obra poética del sevillano —sobre todo en su primera etapa creativa— es la de la poesía francesa. Javier del Prado rechaza con poderosos argumentos el siempre acusado magisterio de Guillén en *Perfil del aire* —luego *Primeras poesías*— que las primeras críticas del libro señalaron. En este sentido, es importante zanjar esta cuestión reconociendo la importancia de todo un entramado de influencias recíprocas entre la poesía española y la francesa desde el Barroco hasta el 27; sólo así podemos entender que Mallarmé o Valéry fueran modelos comunes de Cernuda y Guillén.

Así como la confluencia de diversas tradiciones resulta fundamental para entender muchos aspectos de su obra poética, los ensayos que Cernuda dedicara a la crítica literaria demuestran también la capacidad del poeta de implicarse activamente en la reflexión sobre su propia materia de trabajo. El artículo que Juan F. Villar Dégano dedica a la sistematización de los estudios literarios en la etapa inicial del escritor ofrece buenas muestras de la ironía y la especial beligerancia de Cernuda con la literatura de su tiempo. Entre los comentarios menos academicistas del poeta se encuentran sus opiniones sobre el Modernismo y su figura capital, Rubén Darío. El trabajo de Niall Binns recalca en uno de los más polémicos ensayos del poeta, “Experimento en Rubén Darío”, en el que Cernuda parece ajustar cuentas con el “pájaro canoro” y se convierte en un auténtico pionero del anti-rubendarianismo. El agrio ensayo cernudiano pone en evidencia la necesidad de revisión de los poetas considerados en exceso; Binns reclama otro “experimento” en Cernuda para desmitificar también a un poeta imitado *ad nauseam* por demasiados seguidores.

Uno de los aspectos menos estudiados de la obra cernudiana es su faceta dramática, mucho menos feliz que su vena poética, pero complementaria de los temas y obsesiones que preocuparon al poeta. Emilio Peral analiza —en una de las pocas aproximaciones a esta pieza— la única obra teatral completa de Cernuda, *La familia interrumpida*, en la que se hace patente la deuda con el teatro entremesil, con las farsas lorquianas —tales *La zapatera prodigiosa* y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*— y con Strindberg —pues sigue de cerca el caso de “inversión social” de *La señorita Julia*—. A pesar de la explicitud con que se manifiestan los modelos de la obra, Peral no le niega un cierto afán de modernidad por su valentía —aprendida también en Lorca— a la hora de plantear el para entonces escabroso asunto de la homosexualidad femenina. Asimismo, Javier Huerta estudia la inacabada *Comedia sin título*, que presenta en escena a un héroe adolescente que se deja guiar por lo desconocido para forjar su personalidad. Coetánea de sus primeros libros de poesía, esta pieza expresa con sinceridad la urgencia de romper los muros que impiden el triunfo de la libertad ansiada por el ser humano.

Otras visiones completan este “perfil” insinuado del poeta. Emilio Miró apunta el sentido evocador y recuperador de la infancia en *Ocnos*, donde Cernuda aprende a sublimar su tristeza con el poder de la belleza, con la hermosura que

igualmente le regalarán los cuerpos juveniles cuando se acerque a “el ultraje que es la vejez” —Yeats *dixit*—, porque se le impone al viejo una obligada resignación ante la contemplación del cuerpo en su plenitud. Tal es la tesis que sostiene Félix Rodríguez cuando analiza la renuncia del poeta a su “tentación tardía”. Y finalmente, la obra de Cernuda como defensa de todo lo que le rodea y de todos, pues la personalidad del autor parece situarse entre la obsesión por el rechazo y la incompreensión explícita del mundo que le tocó vivir. José I. Díez Fernández quiere ver en *Desolación de la quimera* una defensa de la Poesía y del compromiso ético del artista con su arte; la Quimera está desolada, sí, pero siempre hay un poema que redime del mundo. Esa es la última lección del poeta Cernuda que la Universidad Complutense de Madrid ha querido celebrar en su centenario y que ahora ve la luz en forma de un hermoso librito repleto de sugerencias para futuras investigaciones.

BARBERÀ, Frederic. *Gabriel Miró and Catalan Culture. The Forging of Literary Language in the Context of his Poetics*. New Orleans. University Press of the South. 2004, 294 pp.

Por Héctor Urzáiz Tortajada

Este libro pretende acercarse al lenguaje —*estilista* lenguaje— de Gabriel Miró, de quien se destaca que fue admirado por varios miembros de la Generación del 27 y por Julio Cortázar (a quien se vuelve también al final del libro, como veremos), y que fue asimismo traducido en vida al francés y el inglés. Frederic Barberà, profesor de la Universidad de Lancaster, es especialista en estudios españoles y catalanes, y autor de otras monografías sobre narrativa española de comienzos del siglo XX y sobre la relación de la cultura catalana y la política (en relación con las denominadas *peripheral identities*). El libro, escrito en inglés, fue presentado como tesis doctoral en la Universidad de Aberdeen, no obstante el tema abordado; el caso es que en los antecedentes familiares de Miró se mezclaban las influencias del catalán-valenciano con la práctica castellanoparlante, asunto tratado en *Gabriel Miró and Catalan Culture* (del que traducimos algunos pasajes para mayor claridad). Recogiendo el testigo de obras sobre el estilo de Miró como la de Raymond Vidal (1964), Barberà amplía el campo de estudio de su corpus al epistolario del escritor; se observa así su evolución desde el modernismo hispánico hacia los parámetros del modernismo europeo.

El primer capítulo se dedica a la forja del lenguaje literario (“patrones de la evolución cronológica”) y, en general, al acercamiento de la relación entre Miró

y el catalán valenciano. La traducción de los encabezamientos de los epígrafes que lo componen pueden dar idea del contenido del capítulo: “Una división maniquea entre Castellano y Catalán”, “La ignorancia del Valenciano es un problema de orgullo entre los personajes castellanoparlantes”, etc. Hay también epígrafes dedicados a cuestiones léxicas del tipo de “Catalan lexical presence related to Valencian civilisation”, o “Incorporation and consolidation of Catalan-Murcian words and meanings”.

El segundo capítulo se dedica a la distinción y la nobleza en el lenguaje literario de Miró: términos científicos, vocabulario legal y bíblico, cuestiones morfosintácticas, influencia del lenguaje literario del Siglo de Oro (arcaísmos aristocratizantes), etc. Se muestra lo unido que ese código literario estaba a la lengua hablada –“la *catalanización* del lenguaje literario de Miró”, dice el autor– a través de la incorporación de elementos del castellano catalanizado hablado en el sur de Alicante y después a través del valenciano hablado en La Marina.

Sin embargo, y de la mano de una “progresiva reconciliación del escritor con el valenciano”, se observa otra búsqueda de las esencias lingüísticas de su propio bagaje también en la tradición literaria castellana, con el mismo fin de recuperar esencias del pasado en el marco mencionado y mostrar “esta narrativa como la lógica culminación de un proceso dual concerniente a la actitud de Miró respecto al valenciano, que concluye en la reconciliación y la incorporación de esos términos significativos procedentes del catalán hablado y del castellano catalanizado así como del castellano literario del Siglo de Oro”.

El tercer capítulo intenta acercarse a la poética mironiana: lo viejo, lo naif, lo inusual; se dedica un epígrafe (“A Narrative of Memory”) a la influencia de la *Filosofía Crítica* de Ramón Turró sobre la narrativa de Miró (*El humo dormido*); dentro de la exploración narrativa de la memoria se inscribe también *Años y leguas*. Como señala el propio Frederic Barberà, esta sección dedicada a las poéticas explícitas de Miró es la parte menos original de este estudio, en el sentido de que los tardíos textos críticos del escritor que constituyen su esencia han sido exhumados por otros eruditos, aunque le permite fijar una plataforma sólida para ofrecer una perspectiva de conjunto sobre la evolución de las nociones críticas de Miró. Así, *Gabriel Miró and Catalan Culture* se construye a partir de las interpretaciones de Ian Macdonald (que habló de un *estilismo* estéril), Edmund King y Roberta Johnson (quien estudió la narrativa de la memoria en Miró a través de determinadas palabras significativas).

El epílogo contextualiza el lenguaje literario y la poética de Gabriel Miró a través de su correspondencia con gente de la cultura para trazar “un verosímil perfil humano de la vida del escritor, estrechamente mezclada con la literatura”. El trabajo editorial realizado por Barberà sobre sus cartas permite corroborar documentalmente que ciertos mecanismos de escritura discutidos operaban en la literatura creativa de Miró, y que se produjo, en efecto, una exposición intelectual

a la producción cultural catalana durante su etapa barcelonesa, discutiendo así las tesis de Ian Macdonald en el sentido de que no fue realmente influido por la literatura catalana. Se analiza también aquí la imagen y la realidad del hombre Miró: pobre, enfermizo y poco pragmático.

Por último, se acerca Barberà al ámbito de la relación de Miró con Barcelona y la cultura catalana; se trata de un campo de estudio que ha permanecido prácticamente inabordable por la crítica, “posiblemente debido al hecho de que los hispanistas en general y los eruditos mironianos en particular no conocen la lengua ni la cultura catalanas [...] la falta de familiaridad con la lengua y la cultura catalanas habitual entre los eruditos mironianos explicarían la ausencia de análisis críticos en este campo”. Y aquí encuentra el mismo autor las mayores virtudes de su monografía, “el principal mérito de este libro”: explicar de qué forma el lenguaje literario de Miró se construyó a través de su vida como escritor, así como establecer el alcance de la influencia de ese lenguaje a la hora de conformar sus propias señas poéticas de identidad en el contexto del Modernismo literario.

Las últimas palabras de *Gabriel Miró and Catalan Culture* proceden de una cita de Julio Cortázar aplicada al período creativo analizado: “No hay fondo y forma; el fondo da la forma, es la forma”. Al hilo de este comentario cabría comentar para terminar que, por desgracia, el aspecto formal ha sido también descuidado en el caso de este libro, impreso de forma bastante rudimentaria.

APARISI LAPORTA, Luis Miguel. *Villa de Madrid. Volúmenes 1 al 108. Índices: Temático, Autores y Alfabético*. Madrid. Instituto de Estudios Madrileños. 2006, 137 pp.

Por *Julia María Labrador Ben*

El Instituto de Estudios Madrileños ha incorporado a su magnífico catálogo una publicación indispensable para los estudiosos y para los amantes de los temas madrileños: un completísimo índice de una de las mejores revistas que se han dedicado a la capital de España, *Villa de Madrid*, aún recordada por muchos con nostalgia. Esta publicación brilló con luz propia durante muchos años, tanto por sus colaboradores, entre los que se encuentran algunas de las más brillantes plumas de la literatura y los temas madrileñistas, como por la magnífica, e incluso suntuosa, calidad material de la misma, a la que no fueron ajenas las espléndidas ilustraciones que adornaron todos sus números, ya desde su portada, nueve de las cuales se reproducen en formato reducido en la tapa de este libro. Entre ellas se encuentran preciosas fotografías de monumentos (un detalle de la Puerta de Alca-

lá, la fachada del Museo Municipal y en dos el majestuoso Templo de Debod) e incluso una de Sus Majestades los Reyes visitando por primera vez la Casa de la Villa, junto a otras que reproducen hermosos cuadros en los que predominan retratos colectivos o pormenorizados de majas y otros personajes castizos. Creemos que se trata de una selección muy acertada por su representatividad dentro del conjunto de la revista.

Entre sus colaboradores hubo muchos miembros iniciales del Instituto de Estudios Madrileños: Federico Carlos Sainz de Robles, Enrique de Aguinaga, José del Corral, Joaquín de Entrambasaguas, José Montero Alonso, Mariano Sánchez de Palacios y José Simón Díaz; escritores: Tomás Borrás y José García Nieto; y periodistas: José Luis Pécker o los cronistas taurinos Antonio Díaz-Cañabate y Francisco López Izquierdo; junto a muchos más que no citamos para no resultar excesivamente prolijos.

*Villa de Madrid* tuvo su nacimiento en el Acuerdo del Ayuntamiento de Madrid del 26 de diciembre de 1956. Su primera etapa transcurre de 1958 a 1962, bajo los auspicios del Centro de Estudios Municipales “Antonio Maura”. Tras un intervalo de cuatro años, reaparece en 1966, y se mantiene hasta 1987, en que se publica su último número, el 108.

En sus 8428 páginas, vieron la luz de la imprenta cerca de mil doscientos artículos en que se abordaron, con amenidad y rigor, los más diversos temas relacionados con Madrid: Instituciones, Servicios, Arte, Sociedad, Historia y Literatura. Entre estos últimos me gustaría mencionar dos: los dedicados a Alejandro Pérez Lugín y Emilio Carrerre, pues fueron los que me descubrieron lo maravillosas que son todas las biografías publicadas en *Villa de Madrid*, tanto por su amenidad y rigurosidad, como por la gran cantidad de ilustraciones que incluyen, muchas de ellas rescatadas del olvido, de ahí su gran valor. Esperamos con ansiedad que finalmente pueda llevarse a cabo la publicación del índice de las casi diez mil ilustraciones de esta revista del que se habla en el prólogo de este libro.

La confección de los numerosos y minuciosos índices, y del estudio de la historia e importancia de *Villa de Madrid* es fruto de la paciente labor de uno de los miembros más activos del Instituto de Estudios Madrileños: Luis Miguel Aparisi Laporta, gran experto en temas relacionados con la ornamentación y el paisajismo urbano de Madrid, cuyos catálogos de los monumentos madrileños, tanto existentes en la actualidad como desgraciadamente desaparecidos, son tratados de indispensable referencia para reconstruir la historia artística de nuestra Villa y Corte (por ejemplo, su reciente *Paseo monumental por el Retiro*). Completa el libro un prólogo del maestro de periodistas y cronista de Madrid Rufo Gamazo Rico, ex-Director de la revista y ex-Secretario del Instituto de Estudios Madrileños, que nos narra algunas de sus valiosas experiencias al frente de la misma.

Creemos que esta nueva publicación del Instituto de Estudios Madrileños habrá de ser un libro de consulta indispensable para todos los amantes y estudio-

sos de los temas relacionados con Madrid, que podrán encontrar con facilidad en sus páginas y a través de sus índices magníficamente pormenorizados los artículos y autores de su interés.

LABRADOR BEN, Julia María; DEL CASTILLO, Marie Christine; GARCÍA TORAÑO, Covadonga. *La Novela de Hoy, La Novela de Noche y El Folletín Divertido. La labor editorial de Artemio Precioso*. Edición de Julia María Labrador Ben. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 2005, 370+2 pp. (Colección de Literatura Breve, 15).

Por José Paulino

Este nuevo volumen de la serie publicada por el CSIC recoge tres colecciones de ficción narrativa, como claramente se advierte en los títulos, promovidas por quien fue una figura destacada de la aventura editorial, Artemio Precioso, el cual, a pesar de llegar a un espacio mercantil ya ocupado, supo alcanzar el éxito con una política de autores, remuneraciones y precios que hoy podríamos denominar como “agresiva”, a partir de 1922. No se limitó a las series de novelas cortas y populares, sino que publicó revistas y semanarios. Exiliado en París durante la Dictadura de Primo de Rivera, tuvo que vender su editorial a la Compañía Ibero Americana de Publicaciones (CIAP). Durante la República fue nombrado Gobernador de Toledo y Lugo. Juzgado, condenado a muerte y luego conmutada la pena, pasó por diversas cárceles en la posguerra y murió en 1945.

Esta breve semblanza recoge en síntesis algunos de los datos aportados por Julia María Labrador en su aproximación inicial a la vida del autor y editor, a cuya actividad dedica una parte muy importante de su “Estudio Introductorio”, dividido en la labor editorial, la labor en la prensa y textos de la época sobre Artemio Precioso. En particular estudia con mayor detalle la serie de *La Novela de Hoy*. Y esto con razón, ya que se señalan, como datos dignos de interés, ser la tercera más extensa de las series de Literatura Breve de la época, a la zaga de *Los Contemporáneos* y *La Novela Ideal*. La serie aquí considerada alcanzó las quinientas veintiséis entregas, con noventa y cinco autores diferentes. Así se puede justamente considerar que, por las fechas de su publicación y la dilatada trayectoria, *La Novela de Hoy* supuso la consolidación definitiva de este formato de bolsillo y de esta política editorial y propuesta literaria en la España de los años 20, ya que la colección llegó hasta 1932.

A estas páginas de Introducción siguen las dedicadas al catálogo, con 526 fichas (ya que un número se duplicó), realizado por Marie Christine del Castillo,

con las normas habituales de esta serie de volúmenes: lugar y fecha de edición, autor, título, características (ilustrador e ilustraciones, número de páginas, precio, etc.). Se cierra cada ficha con unas observaciones que dan cuenta de algún elemento añadido, como anuncios, publicidad, suscripción, etc. Una mirada rápida, al azar, nos indica la presencia de autores como Luis Araquistáin, Emilio Carrere, el propio Artemio Precioso, Ramón del Valle Inclán, Wenceslao Fernández Flórez, Ramón Gómez de la Serna, Eduardo Zamacois, Antonio de Hoyos y Vinent, entre otros cuyo nombre resulta menos familiar.

La serie *La Novela de Noche* aparece presentada y catalogada por Covadonga García Toraño y se comenzó a publicar a partir de 1924, con una periodicidad quincenal. Su idea era ofrecer relatos de carácter frívolo con pasajes subidos de tono, aunque en los sesenta y tres títulos de la colección no siempre ocurre así. Su formato era mayor que el de la serie anterior, se encuadernaba en cartulina y se presentaba como “La Biblioteca más interesante y más barata de España”. Considera García Toraño que estas obras, concebidas como mera literatura de entretenimiento, muestran un alto grado de semejanza entre sí, articulando una serie de episodios frívolos, despojados de los conflictos sociales o psicológicos que pudieran alentar en otro tipo de literatura erótica. Parece ser Felipe Trigo el modelo latente de muchos de estos autores, que buscan cierta eficacia narrativa sin asomo de originalidad o intención innovadora. La serie se mantuvo en el mercado durante dos años y medio, hasta finales de septiembre de 1926. Las fichas recogen toda la información habitual, a la que se agregan, en esta ocasión, unas líneas de resumen del argumento.

La última colección incluida en este volumen es muy breve, pues *El Folletín Divertido* sólo publicó cinco números, en momentos de dura lucha del editor por su subsistencia, a partir del cierre de *La Novela de Noche*, entre octubre de 1926 y febrero de 1927, con periodicidad mensual. Fue una publicación en formato menor, que sólo contó con la firma de un autor español y tres autores franceses de novela popular (a caballo entre los siglos XVIII y XIX). La serie no tuvo éxito y de ahí su rápida desaparición. Su presentación y catalogación corre a cargo de Julia María Labrador.

Cada una de estas colecciones tiene, a continuación de las fichas del Catálogo, sus Índices correspondientes de autores, títulos, ilustradores y prologuistas, en su caso. En total, las tres series reunidas aquí superan los seiscientos títulos, una cifra digna de consideración y material para futuros estudios monográficos.

LABRADOR BEN, Julia María y SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA, Alberto. *Teatro Frívolo y Teatro Selecto. La producción teatral de Editorial Cisne. Barcelona (1935-1943)*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 2005. 284+4 pp. (Colección de Literatura Breve, 14).

Por José Paulino

La iniciativa de Eduardo Zamacois de publicar textos de ficción en formato menor y precio reducido con *El Cuento Semanal*, a partir de 1907, iba a dar como resultado una abundante serie de colecciones semejantes que no quedarían reducidas al campo de la narrativa, sino que se ocuparían también, aunque en menor proporción, del teatro y de la poesía. En verdad, ya había colecciones especialmente dedicadas a los textos teatrales, como fueron *La Farsa* y *El Teatro Moderno*.

Hace ya años que la Colección de Literatura Breve, que dirige Alberto Sánchez Álvarez-Insúa en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ha venido elaborando índices y estudios de cada una de estas colecciones, de modo que el volumen actual lleva el número 14. Sigue naturalmente el modelo de la colección, con un “Estudio Preliminar”, acompañado de la correspondiente Bibliografía, la “Catalogación” de las obras incluidas en la serie original de libros, y los “Índices” de autores, títulos, etc.

Aunque en este caso hay que resaltar algunas particularidades. En primer lugar, que se reúnen dos colecciones diferentes, de poca extensión relativa cada una de ellas. En segundo lugar, que ambas pertenecían a la misma editorial, Cisne, de Barcelona, que editó sus volúmenes en esos años inmediatamente anteriores y posteriores a la guerra civil. Se interrumpe la publicación entre noviembre de 1936 y marzo de 1941. En tercer lugar, que dentro de *Teatro Selecto* se encuentran, a su vez, distintas series.

Este conjunto del *Teatro Selecto* resulta así más difícil de catalogar, porque se producen cambios de numeración, o sustitución de un título por otro con el mismo número. Además de los ochenta y cinco títulos que corresponden a un teatro de buena acogida popular y comercial, se editan textos de Teatro clásico y de Teatro extranjero en un conjunto de números extraordinarios y especiales. Los autores más habituales muestran el considerable nivel medio de interés de esta colección, pues figuran en ella Benavente, Arniches, los Hermanos Machado, Marquina, así como Muñoz Seca, Torrado, Jardiel, Linares Rivas, Pemán e incluso Azorín. No son obras estrictamente de actualidad, sino que representan el teatro comercial y mayoritario de todo el primer tercio del siglo XX. El primer título impreso es *Señora Ama*, de Benavente (estrenada en 1908).

La colección de *Teatro Frívolo* resulta más rara y también muy interesante para conocer el desarrollo de la Revista y otros géneros asociados a ella. Se compo-



ne de veintinueve libretos de estos espectáculos, entre los que figuran *Las de armas tomar* y *Las Leandras*.

A partir del hecho de reunir en un solo volumen dos colecciones distintas de la misma editorial, de la particularidad de su género dramático y de su carácter especial, los autores han procedido a contextualizar y describir cada una de las colecciones en su “Estudio Preliminar”, que han dividido en varias secciones. La primera de ellas, dedicada a resumir la labor editorial de Cisne y sus características. Una segunda parte, dedicada al “Teatro Frívolo”, comienza trazando brevemente la historia y sociología del género de la Revista, desde mediados del siglo XIX (1864), pasando por los Bufos, la culminación del género lírico en *La Gran Vía*, con éxitos posteriores como los mencionados y una evolución hacia el mestizaje con otros subgéneros, que alcanza los años 30 (y continúa aún después). Es una muy adecuada presentación de un género dramático que no ha tenido aún la atención académica necesaria, aunque se citan aquí estudios y libros de importancia. Sigue luego la historia y los detalles editoriales de la Colección.

El estudio sobre el *Teatro Selecto* no requiere una historia especial, puesto que sus títulos corresponden a obras ya estrenadas y conocidas por el público, que podía tener interés en su lectura e incluso en la representación por las compañías de aficionados. Son por ello obras famosas y de repertorio. La alteración en la serie de títulos y en la numeración hace que la autora del estudio se fije especialmente en esos aspectos y también en las características de formato, publicación, etc. de la serie general y de la serie especial. Es un análisis muy minucioso de esta colección.

Hay que resaltar en las fichas del catálogo la precisión y abundancia de los datos de autor, título, fecha de estreno, de publicación, precio, denominación y, sobre todo, los datos más directamente dramaturgicos, como la localización espacio-temporal de la acción y la inclusión de un *Incipit* y un *Explicit* (primera y última frase del diálogo) de cada acto de la obra catalogada, siempre que tenga sentido. Y, por otra parte, la multiplicación de los Índices, ya que a los habituales de autores y obras, se añaden los de Compositores (necesarios en el caso de la Revista), Teatros, fechas de estreno e, incluso, actrices fotografiadas en *Teatro Frívolo*. Hay también un Índice de denominaciones (genéricas o tipológicas) dadas por los autores a sus obras.

Todo ello constituye un material muy valioso en sí mismo, una sugerencia estimulante para el estudio y la investigación y una muestra de la historia de la edición y del género dramático. Hay que anotar, finalmente, dos complementos: la reproducción en la cubierta y en la cuarta de cubierta de algunas de las portadas originales de ambas colecciones. Un CD completa el volumen, con las fichas y un sistema de búsqueda por autores, títulos, etc.

GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio. *Aspectos de la novela en Cervantes*. Madrid. Compañía Española de Reprografía y Servicios, Colección Ariadna. 2006, 298 pp.

Por *Marcos Roca Sierra*

Son contadas las ocasiones en las que un investigador convoca al mismo tiempo, en un solo estudio, un panorama completo del estado de la cuestión que va a abordar, una magnífica introducción abarcadora sobre el tema y, además, apuesta por una interpretación original e inteligente como contribución personal al tema que le ocupa.

La pretensión de responder a las preguntas sobre las novedades que la narrativa cervantina introdujo con respecto al modelo de la tradición novelesca precedente se queda corta, ante los resultados de la investigación. El estudio que lleva a cabo el profesor Antonio Garrido es mucho más abarcador y, sobre todo, mucho más rico en matizaciones y correcciones de muchas de las ideas desde las cuales hemos venido leyendo la obra de Cervantes. La simple enumeración de los aspectos de la narrativa cervantina, que han originado de manera incuestionable un modelo para la narrativa de los siglos posteriores, queda superada por una interpretación general del corpus cervantino que desborda lo que en un principio pretendía el autor.

Entre los aspectos del “ars narrandi” cervantino que el Dr. Garrido analiza destaca, por su importancia, la omnipresente paradoja de las relaciones entre la realidad y la ficción, que ha llegado, entre otras cosas, no solo a convertirse en nuestros días en un lugar común de la narrativa posmoderna sino a erigirse, desde ese momento, en una de las señas de identidad de nuestra literatura hispánica.

Otros de los aspectos fundamentales que se analizan en el libro es el que el profesor Garrido llama “reversibilidad” de la mayoría de los elementos integrantes del andamiaje narrativo cervantino; ya que cada aspecto compositivo (las instancias narrativas y los personajes, sobre todo) es sometido a un “transformismo” que hace que ocupen en el texto una posición que en un principio no le corresponde. Nada en Cervantes parece ser lo que es: desde los personajes que suplantán las funciones del narrador hasta el mismo libro que se ficcionaliza y aparece como un tema más en el desarrollo del relato. Un aspecto relacionado con esto, y que es uno de los méritos más destacados del *Quijote*, es que a pesar de la constante burla e insistente cuestionamiento y desplazamiento de la autoría del *Quijote*, no dejamos de ser abrumados por la omnipresencia del autor desde la primera línea.

Destaca también, entre los aspectos estudiados en el libro, la novedad cervantina de haber desarrollado una fórmula compositiva original sobre las ruinas de los géneros ya existentes, haciendo una combinación (tan análoga al pastiche

posmoderno) entre lo viejo y lo nuevo, descolocando y “disfuncionalizando” todo el material narrativo que recibe como herencia.

Un último aspecto reseñable es el de la repercusión en la lectura de la disposición especular desde la que está construido el *Quijote*. Todo en este libro tiene su correlato reflejo en una instancia anterior, provocando lo que podríamos llamar una “complementariedad hermenéutica” que hace que adquiera sentido cada uno de los elementos del texto a partir de ese diálogo entablado con una referencia interna al mismo. Nada fuera del texto otorga sentido, ni el autor, ni el género, ni ninguna otra referencia exterior. Es el propio texto el que se pliega y se refleja en una búsqueda y encuentro de un sentido propio, casi narcisista. Y es en esta disposición dialógica en la que el lector queda también atrapado en una suerte de juego especular convirtiéndose de esta forma en partícipe del sentido del relato. Parecería como si la totalidad de los puntos analizados incidieran en esta necesidad de otorgar a la escritura algo que va más allá de la simple adquisición de una identidad, el relato cervantino es una búsqueda incesante de la sensación de realidad, de un “saberse estar siendo” (como lo diagnosticó Américo Castro) que contagia a la totalidad de los aspectos de su novela incluido nosotros como lectores.

La intuición certera y lúcida, el análisis riguroso y documentado y una brillante escritura hacen merecedor a Antonio Garrido, sin duda, del mayor de los elogios.

*El español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes.* Barcelona. Círculo de Lectores, Instituto Cervantes y Editorial Plaza y Janés. 2005, 472 pp.

Por *Marcos Roca Sierra*

Desde su creación en 1991, ha sido el Instituto Cervantes quien más empeño ha puesto en la difusión de nuestra cultura en el mundo. Son 43 los centros con los que cuenta en la actualidad, sin incluir la reciente inauguración de un primer instituto en Pekín y la prevista creación de una sede en Shangai, distribuidos en un total de 29 países de Europa, África, América y Asia. La actividad que realizan los centros no se limita a la enseñanza del español sino que son constantes las exposiciones, eventos, debates, encuentros, representaciones teatrales y proyecciones cinematográficas. El Instituto cuenta además con una red de bibliotecas que se acerca ya a los 700.000 ejemplares. Es por ello por lo que no hay nada como los anuarios que publica el Instituto Cervantes desde hace ocho años para reconstruir un panorama completo del español, su enseñanza y la difusión de su cultura en el mundo.

Esta octava edición viene marcada por el que ha sido el acontecimiento cultural más importante del año pasado: el IV centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Para esta ocasión ha sido el presidente de Colombia Belisario Betancur quien reflexiona sobre el *Quijote* como un ejemplo de “manual de vida”. Pero no es el único centenario que se conmemora, ya que el 2005 albergaba la celebración de otros centenarios. César Oliva dedica un artículo al ingenio teatral español haciendo cruzar las artes escénicas de tres genios: Lope de Rueda, Miguel Mihura y Rodolfo Usigli.

Como en pasadas ediciones, se reflexiona sobre la producción literaria de aquellos escritores oriundos de diversos enclaves más allá de nuestras fronteras pero que mantienen su producción literaria en lengua española. En esta ocasión los estudios están dedicados a Gibraltar, Guinea Ecuatorial y Marruecos. Cobra especialmente interés el artículo de José Juan Yborra “La frontera estéril: la literatura en español en Gibraltar”, ya que se trata de la primera vez que aparece la producción gibraltareña en un anuario como éste.

Al igual que en las ediciones precedentes el Anuario recaba, en su tercera sección, todos los datos concernientes a la presencia, demanda y gestión de los principales centros en el mundo, en este caso tres zonas se han merecido el interés: el África subsahariana (Sudáfrica, Namibia, Guinea Ecuatorial y Senegal), Estados Unidos y Corea del Sur. En cuanto a los informes se han seleccionado el panorama de los estudios hispánicos en La India (por Shyama Prasad), el bilingüismo paraguay (por Bartolomeu Meliá) y el análisis de algunos aspectos sobre la fonética y el léxico del judeoespañol (por Manuel Ariza).

Quizás lo más interesante de esta edición ha sido la inclusión de estudios sobre las lenguas cooficiales de España y su presencia internacional. Son reseñables los artículos de Manuel Gonzáles: “La proyección exterior de la lengua gallega”, Xavier Folch: “El catalán en el mundo” y Henrike Knör: “La lengua vasca en el mundo”.

Según César Antonio Molina, Director del Instituto Cervantes, el principal propósito de este anuario es “seguir siendo un punto de encuentro para los interesados en la situación de la lengua española en el mundo y en el determinante papel que ocupa y protagoniza la cultura de los países hispanohablantes en el panorama cultura internacional”. Ya que solo desde este punto de encuentro podrán asumirse los retos a los que se enfrenta la comunidad hispana. Desafío que no nos puede resultar ajeno a todos aquellos que compartimos la pasión por la lengua de Cervantes.